

# Eça de Queiroz, cónsul en la Habana

*Raquel R. Aguilera y Javier Coca*

Con apenas veinticinco años, en septiembre de 1870, Eça de Queiroz se presenta a las oposiciones de cónsul, en las que obtiene el número uno. Aunque le correspondía el consulado de Bahía, en Brasil, que había quedado vacante, el puesto terminó por ser adjudicado a otro reciente funcionario, que contaba con una importante influencia. Sobre el hecho de haber sido postergado, se pronunciaba en *As Farpas* de noviembre de 1871: «Querido lector: No sueñes con que vas a servir a tu país con tu inteligencia, ni con que vas a estudiar, a trabajar y a pensar para tal cosa. ¡No estudies, corrompe! ¡No seas digno, sé hábil! Pero, sobre todo, nunca te presentes a un concurso; y si lo haces, en lugar de plasmar en el papel que tienes delante el resultado de un año de trabajo y de estudio, escribe simplemente: soy influyente en el círculo de Fulano, ¡no me lo hagan repetir dos veces!»<sup>1</sup>

Pese a sus protestas, sólo le queda esperar. Eça, que ya había publicado su primera novela, *El misterio de la carretera de Sintra*, escrita en colaboración con Ramalho Ortigão, se había convertido en un periodista conocido, respetado y temido. Dos años transcurren hasta recibir su primer nombramiento, que finalmente se produce el 16 de marzo de 1872, año en que parte, como cónsul de Portugal, hacia las Antillas españolas. El 20 de diciembre llega a La Habana y toma posesión de su cargo. Comenzaba así la carrera diplomática del gran novelista. Una especie de exilio más o menos voluntario que le llevaría a Cuba, a Newcastle, a Bristol y por fin a París. Eça, que no tenía patrimonio como para permitirse el lujo de ser un *flâneur*, supo ver a tiempo en la diplomacia su gran oportunidad: un empleo estable, que le permitía vivir fuera de Portugal y le dejaba tiempo para ejercer su devoción literaria.

Lo primero que descubre al llegar a Cuba es lo profundamente europeo que era. No supo o no quiso adaptarse a la vida de la colonia española. A poco más de un mes de su llegada a la isla escribía a su amigo Ramalho: «Estoy lejos del arte y, por lo tanto, lejos de la serenidad y

<sup>1</sup> Se trata de una carta abierta publicada en *As Farpas* en noviembre de 1871. El propio Eça desecharía este artículo de la edición de las *Farpas* que publicó en 1890 bajo el título de *Uma Campanha Alegre*.

de la alegría. He salido de mi atmósfera y vivo con inquietud en un aire que no es el mío. [...] Necesito política, crítica, corrupción literaria, humorismo, estilo, colorido, diversidad; y aquí estoy metido en un hotel, y cuando discuto es sobre cambios y cuando pienso es sobre *coolies*»<sup>2</sup>. En efecto, el tema que más le preocupó durante su estancia en La Habana fue el problema de los emigrantes chinos que, procedentes del puerto portugués de Macao, llegaban a la isla a trabajar.

La estancia de Eça en Cuba coincide con un importante periodo de transformaciones para la isla. Por un lado la colonia está en pleno proceso de cambio de una sociedad esclavista a otra basada en el trabajo asalariado. Por otro lado estaban los conflictos del nacionalismo contra el dominio español, conflictos enmarcados dentro de la «guerra de los diez años» iniciada en 1868. Algunos críticos han acusado a Eça de Queiroz de relegar el problema nacional, de no haberle prestado la debida atención. El que en sus años universitarios había alzado la voz contra la división de Polonia o la opresión de Irlanda, minimizaba ahora una pugna que vería su fin en 1898 con la firma del tratado de París, en el que España era forzada a renunciar a los derechos de potencia colonizadora. Sin embargo, hay que decir a su favor que cuando Eça llega a Cuba, a finales de 1872, la guerra se encontraba estancada, a lo que se añade que La Habana permanecía ajena a este levantamiento, localizado en el distrito oriental de la isla. Aunque tiene un concepto inexacto de la revuelta: «la insurrección en la Isla de Cuba es un hecho sin importancia local», sí precisa con acierto las fuerzas latentes del movimiento: «su fuerza está en Madrid, en los cubanos allí residentes y en los abolicionistas; está en New York donde la comisión central de la insurrección y la emigración cubana, rica a pesar de todo, conspiran, preparan expediciones y minan por medio del poder americano el poder español; está también en La Habana, donde los más ricos de los cubanos se mantienen aparentemente fieles a España, pero secretamente inclinados a los revoltosos, al menos en la intención; por último, la fuerza de esta insurrección está en la opinión del pueblo de los Estados Unidos, que es en su mayoría favorable a los cubanos, y en la influencia de ciertos periódicos».

De cualquier manera, como cónsul, se interesó especialmente por los millares de chinos que habían emigrado a la isla desde el puerto de

<sup>2</sup> Citado por Gaspar Simões en Eça de Queiroz. *O Homem e o Artista*, Edições Dois Mundos, Lisboa, 1945, p. 309.

Macao, lo que los convertía en súbditos portugueses. En Macao, la emigración comenzó en 1851, provocada por dos motivos: la abolición de la esclavitud en 1845 y la falta de trabajadores blancos en las colonias. Los chinos eran embarcados hacia Cuba, para trabajar en las haciendas azucareras. Una vez llegados a la isla eran explotados y engañados, recibían un trato abusivo que en poco se diferenciaba de la esclavitud. Este inhumano comercio contaba con la complicidad de las autoridades militares de la Capitanía General del Gobierno de las Antillas Españolas. El historiador Javier Tusell afirma que el capitán general, máxima autoridad española en Cuba, llegó a tener el mismo poder que un monarca absoluto<sup>3</sup>. La gran distancia entre la metrópoli y su colonia, y sobre todo la inestabilidad política de España, impedía que ésta ejerciera el poder con decisión y siguiendo una línea clara. Pío Baroja, con su habitual laconismo, tantas veces certero, retrata perfectamente la situación: «La corrupción de la burocracia española, el empleado español, inmoral, codicioso, y el comerciante criollo, muy chanchullero, permitía toda clase de irregularidades»<sup>4</sup>. A juzgar por los informes del predecesor de Eça en el consulado, Fernando de Gáver y Físcar, en los que no se mencionaba el problema de la emigración china, es probable que éste hubiera consentido este infame trato humano, a lo que hay que sumar una petición dirigida al ministro portugués de Negocios Extranjeros, redactada en español y suscrita por un cierto número de miembros de la colonia portuguesa local, en la que se solicitaba la anulación del nombramiento del nuevo cónsul y el mantenimiento de Gáver en el puesto. Aunque en su primer informe, Eça, cumpliendo con las formas, elogiaba la labor de su antecesor, pronto asumió un destacado papel en la defensa de estos trabajadores. Y de nuevo surgen en este punto voces críticas contra el escritor portugués, sobre la verdadera finalidad de esta defensa. Afirman algunos que su labor consular a favor de los culis se debe más a motivos personales que humanitarios, puesto que las finanzas del consulado, y por lo tanto su propio peculio, dependían de la emigración china. Aunque también se alzan voces para defenderlo, pintando a un heroico Eça, paladín de los ideales del socialismo, que lucha por salvar a los chinos de la esclavitud. Sea como fuere, lo cierto es que estos más de cien mil chinos eran responsabilidad del consulado

<sup>3</sup> José-Luis Martín, Carlos Martínez Shaw, Javier Tusell, *Historia de España*, Taurus, Madrid, 1998, p. 504.

<sup>4</sup> Pío Baroja, *Obras completas IX*, Los pilotos de altura, *Círculo de Lectores*, Barcelona, 1998, p. 648.

portugués, además de su única fuente de ingresos, y que con los informes que envía a sus superiores en Portugal pretende poner fin a este trato infamante y abusivo.

Eça de Queiroz ya era crítico a los veintiún años cuando dirigía y redactaba el diario *O Distrito de Évora*, es crítico en las Conferencias del Casino, cuyo objetivo era desmontar un Portugal decadente y anacrónico, es crítico en *As Farpas*, aquellos panfletos escritos junto a Ramalho Ortigão que pretendían desmoronar el anquilosado mundo oficial, y es crítico, y lo será siempre, en sus cartas, crónicas y novelas. Por supuesto, este espíritu combativo también se manifiesta en los puntuales y detallados informes diplomáticos que redactaba. Informes que en ningún momento pretendían o sugerían la supresión de la emigración de chinos a Cuba. Lo que pretendían y exigían era que se les garantizase una situación digna y alguna protección ante los abusos de que eran objeto. No se está cuestionando el sí o el no a la emigración, sino que bajo ésta no se esconda un trato, a todos los efectos, esclavista. De la misma opinión era el gobernador de Macao. Se trataba de regular dicha emigración. Impedir en el puerto de origen los fraudes y engaños, y legalizar oficialmente la situación de estos emigrantes en el puerto de destino. Sin embargo, el tema es más complejo de lo que parece. El gobierno español en la isla ponía continuas trabas a la labor del cónsul Eça. Y por otro lado está la presión internacional, o, por mejor decir, la incesante presión de Inglaterra sobre Portugal para que pusiera fin a este comercio de trabajadores. Eça comprende que lo que hay detrás no es más que el deseo de los ingleses de librarse de la ventajosa competencia de España en el negocio del azúcar. Pero este punto es competencia de sus superiores que, finalmente, en mayo de 1874, ponían término a la emigración de chinos contratados en Macao mediante un decreto de prohibición. La labor del escritor portugués en Cuba ya no tenía ningún sentido.

Eça de Queiroz llegaba a La Habana el 20 de diciembre de 1872, y regresaba a Lisboa en la primavera de 1874. Durante casi dos años ejerce de cónsul de Portugal en Cuba. No obstante, su periodo de residencia en aquella «tierra estúpida», como llega a decir a Ramalho, es en realidad más corto. Cinco meses después de su llegada, enviaba un oficio por el que solicitaba permiso para salir de la isla en los meses de estío. Alega que los médicos le han aconsejado, por el problema de sus fiebres, que salga de Cuba. Eça se refiere a la hipertermia provocada por una enfermedad gastrointestinal, quizá contraída años antes en su viaje por Oriente, y que le acompañará hasta su muerte. Aceptada la